

DÍA TERCERO

PRIMERA MEDITACIÓN

Amor de Jesucristo.

Merece Cristo y quiere mi amor todo.

I. Y es del todo amable: en él están divinamente toda belleza, toda bondad, toda perfección.

¡Ah! Si por un instante llegase á verle, derretiríase mi corazón en afectos de admiración y amor.

¡Es tan hermoso Jesús!

¡Es tan bueno!

¡Es tan amable!

¿Quién podría comparársele?

Y sin embargo ¡ay de mí! yo le he puesto en parangón con las criaturas, y me he amado á mí mismo más que á Jesús, pues que con el amor propio me he constituido en fin mío.

II. Jesús fué primero en amarme cuando no le amaba yo; me esperaba su Corazón abierto, aguardándome para reclamarme el mío, que despertase yo de mi triste letargo.

Me amó desde toda la eternidad; y desde toda la eternidad me tiene presente, me ve y me ama; preparó sus dones y sus gracias en favor mío, y escogió un sitio y erigió un trono para mí en el cielo.—¿Conque me amó, desde toda la eternidad? —Así es.

Y yo no le amo todavía desde tantos años que llevo de vida, y mi amor no se cuenta por años, y tal vez ni un día entero pueda asignársele. ¡Qué ingratitud!

III. Jesús me ama personalmente, como si no viera que amar más que á mí sólo en el mundo.

Me ama con ternura, como no saben amar los mortales;— con una generosidad á que no saben llegar las criaturas— con un amor desinteresado; que soy fin de sus dones, de sus gracias, porque soy el objeto de su amor.

Soy el fin á que se encarnizó su Encarnación; por mí personalmente se hizo hombre para amarme con afecto divino y afecto humano. — Por mí padeció desde el pesebre hasta el Calvario. — Con cada una de sus acciones, de sus sacrificios, de sus padecimientos, me dice Jesús: «Por ti, hijo mío, para demostrarte mi amor y ganar el tuyo.»

Por mí personalmente instituye el Sacramento perpetuo de la Eucaristía, para ser siempre mi Víctima propiciatoria, mi Pan del cielo.

¡Ah! ¿Será posible Dios mío, qué á tal extremo llegue vuestro amor para conmigo? ¿Quién soy yo, Señor, para verme objeto de amor tanto?

IV. Jesús me ama con amor ferviente.

Se hace semejante á mí, á mí, tan pobre y miserable; adopta mi estado de pobreza, de trabajo, de padecimientos;— quiere vivir como yo; ha dejado la gloria, el poder, la dicha, para hacerse pobre, débil, padecido, porque tal soy yo.

Tórnase como insensato por mí, según la frase de San Agustín. — ¿No parece cómo una locura en todo un Dios el amar con extremo á quien no le ama? —¿El agotar todos los sacrificios por quien no sabe apreciarlos? — ¿El hacerse víctima de amor, pan, alimento, para unirse substancialmente á su criatura?

¡Oh Dios mío! Con vuestro amor concibo la Encar-

nación y la Eucaristía, en la cual continuáis viviendo con nosotros. Pero concibo también el infierno, y éste para siempre.

Fuerza es, ó aborreceros ó amaros: no se da término medio.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Darse del todo á Dios.

Pues que tanta ha sido la bondad de Dios para conmigo en la creación, la redención y la santificación, ¿qué haré yo ahora para corresponder á tantos beneficios?

Esto sólo haré: darme del todo á Dios. Eso desea, eso quiere, eso es su soberano beneplácito. — Mas ¿qué es darse del todo á Dios?

I. No ofenderle jamás deliberadamente.

Nada más justo que no injuriar, insultar ni despreciar al Amado. Nada más natural que evitar cuanto pueda desagradarle ó darle pesar.

—Ahora bien: lo único que detesta Dios es el pecado, eso solamente me prohíbe.

¡Ah sí, Dios mío! Os lo prometo y aseguro: no más pecar, no más ofenderos, no más preferir cosa alguna á Vos. Antes padecimientos, humillaciones y desprecios, que ofenderos jamás. — ¿Quién tan grande, poderoso, santo y amable como Vos? ¿Podría haber, por ventura, nada comparable á vuestro mandamiento, á vuestra bondad y á vuestro amor?

No, ciertamente: resuelto estoy; es mucho lo que me pesa haberos ofendido anteriormente para que ahora volviese á lo mismo. — Podrán mi flaqueza y

mi ignorancia hacerme caer en varias faltas; pero serán involuntarias, y desde ahora anticipadamente las repruebo; nunca, nunca más ofenderos.

II. Darse del todo á Dios es consagrarse enteramente á su servicio, preferir á todo otro interés los intereses de Dios.

Así, practicar ante todo la ley de Dios y de la Iglesia, honrar á Dios como supremo Señor por doquiera y en presencia de toda criatura, no avergonzarme jamás de Jesús, mi Dueño y mi Salvador, ni de su Evangelio, sus virtudes y su culto; antes bien honrarle y probarle doquiera y en todas las cosas que es él mi Señor y mi Dios.

Sobre todo en la iglesia y con el culto debo honrar á Jesús; por mi humilde y viva fe; por la modestia y el respeto propios de un cristiano bien educado y devoto. — Debo, pues, no hablar allí sin necesidad; estar como si no conociese á nadie, no atendiendo más que á mi Rey en su trono, que me oye en audiencia privada.

¡Oh cuántas veces he faltado á este soberano obsequio debido á Dios, á este supremo honor que le pertenece!: no era yo entonces todo de Dios como ahora.

III Darse todo á Dios es querer amarle sobre todas las cosas, sobre todos los bienes creados, sobre toda criatura racional, sobre todos los placeres de la vida: — más que á sí mismo, más que nuestro entendimiento, nuestro corazón y nuestra voluntad; más que el bienestar, más que la libertad del cuerpo y de los sentidos, y es, además de todo esto, amarle más que la salud y que la misma vida.

He ahí lo que es el amor supremo á Dios: todo lo domina. — Cuando ve que alguna cosa se opone al ser-

vicio divino, quiere antes perderlas todas que ofenderle.

Es amor como de hijo, amor noble, amor que presenta una imagen, aunque débil y remota, del amor de Jesucristo para conmigo. Quiero, pues, en adelante amar así á Dios, servirle así, darme del todo á Dios.

Tarde es ciertamente, Dios mío; pero de corazón y para siempre soy y seré enteramente vuestro.

TERCERA MEDITACIÓN

Consagrarse por completo á servir á Jesús.

¿Que haré yo por quien tanto me ha amado?—Aplicarme por completo, exclusiva y perpetuamente á su divino servicio.

I. Por completo; sin reserva ni partición, sin condiciones ni interés propio.—Le serviré por amor, como sirve el niño á sus padres; como sirve el ángel á Dios, como sirvió á Jesús su bendita Madre: mi preciada recompensa servirle y agradarle.

II. Exclusivamente: no he de servir á dos señores: á Jesús y al mundo; no he de tener dos leyes: el amor de Dios y el amor propio; ni dos fines: el cielo y la tierra, Dios y yo mismo.

Serviré á Jesús con soberano celo, como á mi único Rey, á quien se debe todo honor y gloria.

III. Perpetuamente: Serviré á Jesús siempre, como sirvió Él á su Padre, como le sirve en la divina Eucaristía, como María le sirvió toda su vida.

Le serviré del mismo modo en todas las circunstancias de mi alma: en consuelo ó desolación, en

alegría ó tristeza, en fuerza ó flaqueza, en salud ó enfermedad: Dios es siempre el mismo, igualmente bueno, amable y digno de adoración.

Le serviré fielmente en todas las pruebas que según su misericordia le plazca enviarme, y le amaré sobre mis penas y mis alegrías, sobre sus dones y sus gracias, sobre mi felicidad eterna: le amaré por ser Dios quien es.

1.º Servir á Jesús será, pues, el fin de mi vida, de mi piedad, de mis virtudes, de los Sacramentos que reciba, de los sacrificios que lleve á cabo: todo lo haré por ser un buen servidor de Jesús.

Nunca me quejaré de mis trabajos en su servicio; que no otra cosa cumple á un buen servidor.

2.º Servir á Jesús será el fin y motivo que me proponga en el servicio de mis prójimos.—Serviré á Jesús en ellos; veré en el prójimo á Jesús pobre, padeciendo y humillado; en su vestido el trozo de púrpura que pusieron á Jesús al tiempo de la Pasión; miraré en sus llagas las llagas de Jesús, y en los desdenes que le atrae su miseria contemplaré á Jesús abandonado.

3.º Lo que sea del mayor servicio de Jesús, eso será mi felicidad y mi alegría.—Verle honrado, mejor servido, muy amado: eso hará mis delicias.

Y no me cansaré de repetir aquella hermosa sentencia: «Á Vos, dulcísimo Jesús mío, honra, gloria y amor;—á mi desprecios, humillación y olvido.»

DÍA CUARTO

PRIMERA MEDITACIÓN

Jesús, mi ley suprema.

Cual fuere tu amor tal será tu vida.

Si Jesús es mi soberano amor, el blanco á que se enderezan mis afectos, debe ser él la ley suprema de mi vida.—El corazón rige al hombre.

El pensamiento es la llama del amor; la luz de esa llama forma la palabra del amor, y el fuego de la misma constituye su fuerza.

¡Oh dichosa el alma que vive del amor divino! Semejante alma vive de la vida de Dios mismo. Dios es todo amor.—Vida del amor divino es la de las tres divinas Personas entre sí; vida del amor divino la de los ángeles y los Santos en el cielo.

¿Y cuál es la ley de la vida del amor divino?

I. La primera regla de este amor es hacer amable y delicioso el pensar en Jesús.

El pensamiento sigue al amor y le da pábulo: cuanto mayor es el amor, tanto más á menudo y habitualmente se piensa en Jesús: porque el corazón hace morada, no en sí propio, que sería como una cárcel ó calabozo, sino en el objeto de su adoración.

¿Cuál es la índole de mis pensamientos? ¿Adónde van de suyo ellos? ¿En qué, en quién pienso más á menudo? — ¿Va mi pensamiento como naturalmente á Jesús? ¿Goza con el recuerdo de Jesús? ¿Corre en pos del Amado?—Esta es la verdadera brújula que indica el rumbo de nuestra vida.

¡Ay! ¡Cuántos motivos de humillación! ¡Qué de olvidos y qué indiferencia para con Jesús!

Necesito para llegar al pensamiento de Jesús que otros dos pensamientos me traigan como mercenario del deber y mercenario del temor á tan noble pensamiento; —necesito pensar en pensar de El; necesito que cualquier objeto exterior me lo recuerde, y hasta á veces que el demonio mismo me fuerce á pensar en Jesús.

¿No le amo, pues ¡ay de mí! no le amo de todo corazón?

II. La segunda regla del amor es ser la ley soberana de nuestros juicios.—Conformes van el juicio del hombre y el amor dominante en su vida.—El santo y seña, así para el combate como para el dolor y el placer, lo da ordinariamente el corazón; juzga el niño como su madre primero, como su padre después, y como su maestro por último.

El juicio de Jesús, de este verdadero Salomón, debe ser, pues, el primer objeto de mi atención y mi principal estudio, porque el juicio de Jesús es el único verdadero infalible y divino. Todos los juicios del hombre que se opongan al juicio de Jesús son erróneos y mentirosos; que ante la luz del sol todo otro resplandor desaparece.

¿Y cómo conoceremos los juicios de Jesús?

Por su Evangelio primeramente.—Debo, pues, leerlo é indagar y meditar allí los juicios de Jesús.

Conoceré además los juicios de Jesús atendiendo á su gracia en mí, para la práctica de mis deberes personales y para el trato con el prójimo.— Todo juicio debe ser la expresión de la verdad, informado por la humildad y hecho en espíritu de caridad.

Jesús será, pues, mi suprema ley.—Le consultaré

ante todo á El, desechando las sugerencias del amor propio, los sentimientos mundanos y el estímulo de las pasiones.

¿Por qué tan á menudo me he engañado? Por no haber consultado á Jesús. ¿Por qué he perdido el tino en mis pensamientos?

Por no haber pensado en Jesús, por no haber consagrado á El mi amor.

¡Oh Dios y Rey mío! No ha de ser así: de hoy en adelante, otra será mi vida: os lo prometo de todo corazón.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Vida de amor.

Los que aman á Dios no viven para sí ni en sí mismos, sino que viven en Jesús. Así vemos acá una hoguera que no recoge en sí misma las llamas que produce, sino que las envía hacia lo alto.

Dos aspiraciones habituales hay en los que aman á Dios, las cuales son, como quien dice, los dos brazos del amor divino.

I. Es la primera el intento de agradar en todo á su amado Jesús.

Por agradarle procura adivinar el alma amante lo que será del agrado de Jesús, qué es lo que El quiere y desea, y una vez sabido ó presentido esto, va esa alma, corre y vuela á lo que es del agrado de Jesús. Nada la molesta, nada la detiene en tratándose de complacerle, y todo su gusto es cumplir el beneplácito de Jesús. Y el contentarle tiene por suma recompensa.

Ahora bien: ¿qué es lo que agrada á Jesús?—La hu-

mildad, la pobreza, la penitencia, la obediencia, todo cuanto trae á la memoria su vida de Belén, de Nazareth y del Calvario. —Un Rey triunfante se complace en visitar de nuevo el campo de batalla donde gloriosamente venció, en oír repetidamente el relato de sus peligros y de sus hazañas.

¿Qué es, pues, lo que á Jesús complace?—Lo que en los días de su vida mortal le complacia, en los días de su inmolación por salvar á los hombres.

¿Qué es lo que de mí desea? — Que le siga por los pasos á que le trajo su amor para con nosotros, y que los honre acomodando á ellos mi vida; que haga revivir en mí á Jesús, pobre, abandonado, solitario, crucificado; y que así mi amor le represente como vivo otra vez y encarnado de nuevo, y se ocupe en su santo servicio y le siga hasta la muerte.

II. La segunda aspiración del que ama es evitar escrupulosamente todo aquello que puede disgustar al amado del alma.

La amistad es delicada, es como un espejo que el más leve hábito de otros basta á empañarlo; es como una serena y cristalina fuente de aguas vivas donde se reflejan los resplandores de los cielos.

La amistad habla poco ó, mejor dicho, habla con todos los sentidos y todos los afectos; una mirada, un gesto, una negligencia, un olvido, una preferencia, cosas son que pueden lastimar la más viva y sólida amistad.

Jesús se llama un Dios celoso; reclama el corazón entero, quiere reinar solo en su preciado trono.

El alma amante ha de guardarse, pues, de partir su corazón. Antes velará con el mayor cuidado para que nada haya en sus pensamientos, afectos y acciones que pueda desagradar á Jesús.

Que la idea de ofenderle, de serle infiel, de cometer voluntariamente el más leve pecado debe estre-mecerla.

Y si algún insolente, algún demonio, osase proponerle una infidelidad, un pecado contra el Dios de su corazón, renovariase entonces en aquella alma el lema y el combate del glorioso San Miguel Arcángel.

De suerte que quien es contra Jesús es mortal enemigo del alma amante, así sea ese adversario un hermano, un protector, un amigo, un amo, un rey.

El amor no tiene más que una ley y un Rey: Jesús.

El amor una sola cosa quiere: agradar á Jesús.

El amor una sola cosa teme: desagradar á Jesús.

Tal será la ley de mi corazón ¡oh divino Rey mío!
Quiero ser un fiel caballero del más amable de los Reyes.

TERCERA MEDITACIÓN

De la perfecta dejación de sí mismo en manos de Dios.

Entiéndese por esta perfecta dejación aquel estado del alma amante que sin condición ni reserva y con entero desasimiento propio se entrega al beneplácito de Dios, así en el orden de la naturaleza como en el de la gracia.

I. En el orden de la naturaleza.

El alma que hace esta santa dejación quiere todo lo que Dios quiere y porque lo quiere Él y como Él lo quiere; y así, respecto á las cosas corporales, estar sano ó enfermo, en tal ó cuál país, en estas ó las otras condiciones de casa, alimento y compañía en que Dios

la ponga: — todo le es igual, todo le es amable con esta sola máxima: «Dios lo quiere: tal es el divino beneplácito.»

Como un niño sin inquietud del porvenir, el alma en quien reina esta santa dejación duerme tranquila en el maternal regazo de la divina Providencia, ó descansa pacíficamente sentada á sus pies.

El niño que tiene buena madre no se inquieta de lo porvenir: su buena madre piensa en eso por él.

Desencadenanse los elementos, ruge la tempestad y embravecida la mar amenaza tragarlo todo; pero el hijo constituido en la perfecta dejación y confianza duerme sin miedo en el materno regazo de la Providencia divina.—Para él no hay tempestades.

Son perversos los hombres, quieren arrebatárselo todo: bienes, libertad, reputación; pero el alma poseída de este santo desasimiento se deja despojar de todo sin cólera ni desesperación.

Quédale Dios, Dios que la ama, y con esa riqueza le basta; así estará más libre para ir á su Padre celestial.

Aun á veces parece como si Dios se enojase con el alma querida de su corazón; la entrega á los asaltos del furioso demonio, á los horrores de sus tentaciones, y padece el alma un martirio en la conciencia; pero Dios lo quiere:—«Pega, si puedes — le dirá al diablo;— tú has hecho azotar á mi Señor, te atreviste á tentarle y á conducirlo hasta otro sitio.—Discípulo soy suyo, no te tengo miedo, que no me podrás hacer sino lo que Dios te permita.—Jesús está conmigo.»

II. Perfecta dejación respecto á las cosas espirituales.

1.º El alma dada á esta santa dejación pone

con filial confianza su espíritu en manos de Dios para que Dios sea su luz, y lo sea en la medida que al mismo Señor le plazca, con claridad ó entre celajes, ya en la obscuridad de la fe, ya en los resplandores de su manifestación; —bástale saber lo que Dios quiere que sepa, está ante Dios como un ciego á quien El abre ó cierra los ojos según le place; y si un alma semejante pudiese elegir, escogería más bien el ser pobre y humilde de espíritu.

2.º El alma que practica esta santa dejación entrega sencillamente su corazón á Dios para amarle tan solo á El, é igualmente en todas las cosas y en todos los estados.

Si el Señor quiere inflamarla en un amor fervoroso, se considerará el alma muy dichosa; si le da una gracia de consolación, la recibirá con mucho agradecimiento. — Pero si quiere este amoroso Padre darle á beber algunas gotas de su cáliz de hiel, hacerla participe en algo de los desamparos, deserciones, desolación y tristeza que El sufrió; el alma puesta en esa santa dejación beberá amorosamente ese cáliz, compartirá las agonías de Jesús y le permanecerá fiel en medio de las pruebas.

3.º El alma poseída de ese santo desasimiento entrega enteramente á Dios su propia voluntad para que El la gobierne, la doble y la enderece como quiera.

Y de allí en adelante, no llamará alegría, bien, dicha, virtud, celo y perfección sino á lo que lleve el divino sello de la voluntad del Señor.

¿Qué quiere Dios? ¿Qué desea? ¿Qué le agrada más? — He ahí toda la ley, toda la elección, toda la vida del alma que se ha puesto enteramente en manos de Dios.

4.º Un alma así, se da al servicio de Dios sin otro querer y sin otro grado de amor que el que le concede Dios y del cual el mismo Señor la traslada cada hora cuando y como le place

Un alma así, sirve á Dios según los medios que están por el momento á su disposición, sin apearse ni á su situación ni á los medios y gracias que entonces tiene: sólo en la santa voluntad de Dios se apoya.

DÍA QUINTO

PRIMERA MEDITACIÓN

Primera virtud del amor: la Humildad.

I. La primera virtud que el amor de Jesús produce es la humildad.

Virtud es ésta del pobre honrado, amado, enriquecido por el mejor de los Reyes sin otro mérito personal suyo que su misma pobreza.

Es la humildad la primera virtud del pobre pecador, que se reconoce indigno de toda estimación, de todo afecto, de todo favor de Dios, como aquel humilde Centurión del Evangelio, como el publicano humillado en el templo, como la Magdalena á los pies de Jesús.

Piedra angular de la santidad es la humildad: no puede haber edificio sin cimiento, ni árbol sin raíces, ni arroyo sin fuente; y cimiento, raíz y fuente de la vida espiritual es la humildad.

Condición y medida de la gracia de Dios es la humildad: cuanto más humilde es el alma tanto más